

CAPITULO XXV.

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Definición.—Explicación detallada de cada palabra.—Lo que hay de común ó distinto entre las virtudes y los dones.—Función propia de los dones del Espíritu Santo.—Son necesarios para la salvación.—Necesarios como principios generales del movimiento sobrenatural.—Necesarios como elementos de luz, de fortaleza y de defensa.—Todos son necesarios y con igual necesidad.

La quinta maravilla de la Confirmación es el desarrollo de los dones del Espíritu Santo. Decimos el desarrollo, atendiendo á que, por la virtud del santo Bautismo todos los dones del Espíritu Santo con el Espíritu Santo mismo, residen ya en el cristiano que conserva fielmente la gracia, al modo que todos los elementos de la vida natural se encuentran en el niño cuando todavía está en la cuna. Por la confirmación los dones del Espíritu Santo participan del desarrollo general, impreso á la vida divina por este sacramento que con tanta propiedad se llama sacramento de la fuerza. Para dar una idea más exacta de estas nuevas riquezas de la gracia, se necesita ante todo responder á varias cuestiones de interés fundamental.

¿Qué debemos entender por dones del Espíritu Santo? ¿Qué tienen de común los dones con las virtudes? ¿En qué se distinguen? Las virtudes y los dones ¿se dirigen al mismo fin? ¿Cuál es el objeto especial de los dones? ¿Son tan necesarios como las virtudes? ¿Lo son todos?

La respuesta resultará de la definición detallada de los

dones del Espíritu Santo en general y de cada uno en particular.

Según Santo Tomás: *Los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales que nos disponen á obedecer prontamente al Espíritu Santo* (1). Cada una de estas palabras reclama su explicación, como que encierra un tesoro de luz.

Dones. Para caracterizar las gracias de que aquí se trata, la lengua católica los llama dones del Espíritu Santo, es decir, favores, por excelencia, de la tercera persona de la Santísima Trinidad. ¿Y qué? Las brillantes cualidades de los ángeles y de los hombres, las magnificencias de la tierra y de los cielos ¿no son todas ellas, sin excepción, beneficios del Espíritu Santo? Seguramente. “No hay, dice San Basilio, criatura alguna visible ó invisible, que no deba al Espíritu Santo lo que tiene.” Y San Cirilo de Jerusalén: “El Espíritu Santo es el maestro director y santificador universal: todos necesitan de El, Elías é Isaias entre los hombres, Gabriel y Miguel entre los ángeles. (2)

Y sin embargo, ninguno de esos favores se llama don del Espíritu Santo. ¿Qué significa esto, sino que los dones del Espíritu Santo aventajan en excelencia á todas las maravillas creadas humanas y angélicas; visibles é invisibles, á todas las virtudes naturales infusas ó adquiridas y á to-

1. *Dona Spiritus Sancti sunt quidam habitus quibus homo perficitur ad prompte obdiendum Spiritui Sancto.* 1. 2, q 68, art. 3.—*Dona sunt quædam hominis perfectiones, quibus homo disponitur ad hoc quod bene sequatur instinctum divinum.* *Ibid.*, art. 2.—Desarrollando un poco esta definición, puede decirse: Los dones del Espíritu Santo son hábitos ó inclinaciones inherentes al alma, distintas de las virtudes sobrenaturales infusas, necesarias para hacer el bien é inseparables unas de otras.

2. *Catech.*

das las virtudes morales sobrenaturales? Pertenece, pues, en el grado más elevado, á un orden de riqueza cuya menor parte vale más que el universo entero. (1)

Explicuemos este misterio. El don de Dios por excelencia, el don, principio de todos los dones, es el mismo Espíritu Santo. Por eso se llama don de Dios; *Donum Dei*. El cual, una vez comunicado personalmente al hombre, se derrama y distribuye á todas las potencias del alma, como la sangre por todas las venas del cuerpo. La anima y diviniza y se hace principio generador de una vida tan superior á la natural, cuanto el cielo se eleva sobre la tierra; pues si la vida natural nos es comun con los animales, los paganos y los pecadores, la sobrenatural que debemos al Espíritu Santo, nos asemeja á los santos, á los ángeles y á Dios.

¿Quién podrá medir la extension de este beneficio? Dar la vida natural á un ángel y á millones de ángeles, á un hombre y á millones de hombres, á un sér cualquiera y á millones de séres; volver la vista á un ciego y á millones de ciegos, el oido á un sordo y á millones de sordos, el movimiento á un paralítico y á millones de paralíticos, son sin duda beneficios, inmensos beneficios.

Pero recoger de entre la basura en que se arrastra á este gusanillo que se llama hombre, y despues comunicarle la vida misma de Dios á ese sér-nada, y llenar su entendimiento de luces divinas, y su corazon de sentimientos divinos y su voluntad de fuerzas sobrehumanas para hacer el bien y vencer al mal, he ahí otros beneficios, y beneficios muy superiores á los primeros.

Sin embargo, imprimir á estos elementos de vida divina, á estas fuerzas sobrenaturales un impulso potente y

1. Bonum gratiæ unius majus est, quam bonum naturæ totius universi *S. Th.*, 1. 2, q. 113, art. 9.

sostenido que, durante una larga série de años y de combates, les haga producir actos perfectos de todas las virtudes, tales que el mismo Dios pueda presentar á las gerarquías celestiales el cristiano que los hace y decirles con cierta especie de orgullo: Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias; ¿no es este el beneficio de los beneficios, el don que corona todos los dones? Al describirlo, acabamos de describir los dones del Espíritu Santo y su excelencia incomparable. Son más que la vida natural, más que la vida sobrenatural, más que las grandes virtudes de prudencia, de justicia, fortaleza y templanza sobrenatural; son sus motores divinos. (1)

Dones del *Espíritu Santo*, y no del Padre ó del Hijo. Los dones, maravillas de la caridad, no pueden atribuirse sino al Espíritu Santo que es la caridad misma de Dios, el amor consustancial, el amor en persona, eternamente vivo y eternamente infinito. A la manera que en la naturaleza física no hay más que un sol, principio del calor y de la vida; así en el mundo moral no hay más que un principio santificador, el Espíritu Santo. Los dones, que son medios superiores de santificación; vienen de El y nos conducen á El. Pues bien, santificar es unir. Si analizando los designios de Dios, los reducís á su más sencilla expresion, encontrareis un fin único, traer todas las cosas á la unidad.

Por una parte, siendo Dios uno y únicamente bueno, no puede tener en sus obras otro fin que la unidad y la unidad beatificante. Por otra parte, el hombre compuesto de dos naturalezas, es la soldadura del mundo espiritual y el material. Uniendo Dios al hombre á Sí mismo con union so-

1. *S. Th.*, 1. 2, q. 68, art. 4; et art. 8.

brenatural, lo santifica, porque lo une de la manera más íntima a la santidad por esencia. Al mismo tiempo santifica la universidad de sus obras y vuelve á ser todo en todas las cosas. Así se restablece con nueva gloria la unidad primitiva, rota por la rebelion del ángel y por la desobediencia del hombre. *Que sean uno como nosotros somos uno.* Esta palabra de profundidad infinita, resume en sus causas, medios y fin, la encarnacion del Hijo, la mision del Espíritu Santo, todas las ricas combinaciones del plan divino, en el órden sobrenatural y en el natural, en el mundo de los ángeles y en el de los hombres, en el tiempo lo mismo que en la eternidad. (1)

Añádase en la definicion, que los dones del Espíritu Santo son habituales, es decir, cualidades ó inclinaciones inherentes al alma. Si algo puede realzar todavía á nuestros ojos el precio de estos dones divinos, es saber que no son ni gracia pasajera, ni movimientos transitorios y de circunstancias, sino hábitos, esto es, cualidades permanentes, que siendo inseparables del Espíritu Santo, están en el alma todo el tiempo que el Espíritu Santo reside en ella; y reside en ella mientras no tiene que salirse por causa del pecado mortal.

Esta verdad consoladora nos está infaliblemente asegurada. Hablando el Verbo encarnado á sus hermanos de todos los lugares y de todos los siglos, les decia: "Si me amais, guardad mis mandamientos; y el Espíritu Santo permanecerá en vosotros y será en vosotros (2)." Mas el Espíritu Santo no está en el hombre sin sus dones; sino que está con

1. Ad consumationem sanctorum, in ædificationem corporis Christi *Eph.*, iv, 12.—Donec occurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionem Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi *Ibid.*, 13.

2. Apud vos manebit et in vobis erit. *Joan.*, xiv, 15-17.

todos ellos, y si no, no está; semejante al sol, que no puede estar en ninguna parte sin su luz, su calor y sus principios de fecundidad (1)." ¡Poseer los dones del Espíritu Santo y con ellos todo lo que hay de más rico en los tesoros de la gracia, qué felicidad y qué gloria! ¡Perderlos, que vergüenza y qué desdicha! ¿Dónde se encontrará un motivo más poderoso para que guardemos á toda costa la gracia santificante; y si hemos tenido la infelicidad de perderla, la recobremos prontamente, cueste lo que costare de esfuerzos y de lágrimas.

Sobrenaturales, por consiguiente, que nos perfeccionan. Todo lo que es divino, perfecciona á lo que no es tal. Siendo divinos los dones del Espíritu Santo; perfeccionan al alma y todas sus potencias. Pero, qué género de perfeccion les comunican? Igualmente que los dones, las virtudes teologales y las cardinales son tambien hábitos permanentes, que nos vienen del Espíritu Santo y perfeccionan al hombre. Por esto, no hay diferencia alguna, en cuanto al origen y al fin; entre los dones y las virtudes sobrenaturales, como no la hay entre las hojas, las flores y los frutos, considerados en el árbol que los produce, en la savia que los nutre y en el calor que los madura. Pero á la manera que se diferencian en sus funciones las hojas, las flores y los frutos, diferéncianse tambien los dones y las virtudes. Resta decir en qué consiste esta diferencia.

Las virtudes sobrenaturales, fé, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, son fuerzas divinas comunicadas al alma para obrar el bien sobrenatural. El

1. Spiritus autem sanctus non est in hominibus absque donis ejus. Ergo dona ejus manent in hominibus. Ergo non solum sunt actus vel passiones; sed etiam habitus permanentes. *S. Th.*, I, 2, q. 68, art. 3.

dón es el impulso que pone estas fuerzas en movimiento. Este es el modo con que nos perfecciona, y por consiguiente esta es la diferencia que lo distingue de las virtudes. Este punto de la doctrina es capital. Oigamos ahora á Santo Tomás: "Para comprender bien la distincion que existe entre los dones y las virtudes, debemos referirnos al lenguaje de la Escritura, que designa los dones del Espíritu Santo, no con el nombre de dones, sino con el de *Espritus*. Sobre El reposará, dice Isaias, el *Espritu de sabiduria y de inteligencia*, etc. Estas palabras dan á entender claramente que los siete dones del Espíritu Santo están en nosotros por efecto de una inspiracion divina, ó mejor, son el sopló mismo del Espíritu Santo en nosotros. Pues inspiracion quiere decir impulso venido de fuera. (1)

"Rica el alma de virtudes sobrenaturales, necesita de un motor que las ponga en accion. Y como las fuerzas sobrenaturales no pueden ser movidas por un motor natural, resulta que el Espíritu Santo es el motor necesario de las fuerzas naturales depositadas en el alma por el Bautismo. Ahora bien, el Espíritu santificador se comunica por los siete dones. Y así, se llaman dones, no solamente porque se derraman en nosotros por el Espíritu Santo, sino tambien porque se ordenan á hacer al hombre pronto y fácil para obrar bajo la influencia divina. Siguese de ahí, que el don en cuanto se distingue de la virtud infusa, puede

1. Spiritus ergo in genere est incitatus animi motus, impetus et ardor inmissus vel a natura et cupiditate, vel etiam á dæmone tumque dicitur furor et insana cupido; sic vocatur spiritus superbiæ, iræ, accediae, &c.; vel á Deo, tumque dicitur Spiritus Domini, utque aliquando permanens, aliquando cito transiens, *Corn. á Lap., In is. XI, 2.*

definirse: *Lo que Dios da para poner en movimiento la virtud infusa.* (1)

Una comparacion pondrá de manifiesto esta distincion fundamental. Lo que la savia es al árbol, son las virtudes infusas para el alma bautizada. Para que un árbol crezca y dé fruto, se necesita que la savia sea puesta en movimiento por el calor del sol, á fin de que circule por todas las partes del árbol desde las raíces hasta la punta de las ramas. Lo mismo le pasa al cristiano. Posee por el bautismo la savia de las virtudes sobrenaturales; pero si ha de crecer y dar frutos, es menester que esta savia divina sea puesta en movimiento y circule por todas las potencias de su sér.

¿Cuál es el sol, cuyo vivo calor puede únicamente poner en movimiento esta savia preciosa? Ya lo hemos dicho: el Espíritu de los siete dones. Ahora, la cuestion de la superioridad de los dones sobre la virtudes ó de estas sobre aquellos, se explica por sí misma. Los dones son inferiores á las virtudes teologales. En efecto, estas virtudes unen el alma á Dios, en tanto que los dones no

1. Ad distinguendum dona á virtutibus debemus sequi modum loquendi Scripturae, in qua nobis traduntur, non quidem sub nomine donorum, sed magis sub nomini Spirituum. Sic enim dicitur (*Is., XXI.*): *Requiescet super eum Spiritus sapientia et intellectus, &c.* Ex quibus verbis manifeste datur intelligi, quod ista septem enumerantur ibi secundum quod sunt in nobis ab inspiratione divina. Inspiratio autem significat quamdam motionem ab exteriori... vocantur dona non solum quia infunduntur á Deo, sed quia secundum ea homo disponitur ut efficiatur prompte mobilis ab inspiratione divina... Donum prout distinguitur á virtute infusa potest dici id quod datur á Deo in ordine ad motionem ipsius... dona sunt quædam hominis perfectiones, quibus homo disponitur ad hoc quod bene sequatur instinctum divinum... Dona autem Spiritus Sancti sunt quibus omnes vires animæ disponuntur ad hoc quod subdantur motioni divinæ. 1. 2, q. 68, art. 1; *Id.*, art. 2, et 3

hacen más que moverla hácia El. Pero los dones son superiores á las virtudes morales, cuyo oficio es quitar los obstáculos que nos alejan de Dios, mientras los dones nos dirigen verdaderamente y nos mueven hácia El. (1)

La definicion termina diciendo: *Que nos disponen á obedecer con prontitud al Espíritu Santo.* La ignorancia ó el conocimiento imperfecto del bien, la pensantez natural, los lazos de las afecciones terrenas, á veces el temor de la pena, los respetos humanos, la disipacion del Espíritu, la flaqueza del corazon, el extravío de la voluntad y otros mil obstáculos, nos hacen sordos ó indóciles á las inspiraciones del Espíritu Santo. De aquí provienen una larga serie de imperfecciones y debilidades, el sueño de las fuerzas divinas ocultas en el fondo del alma cual jugos latentes y escondidos en el seno de la tierra: cosas todas humillantes y culpables que pueblan la Iglesia de almas pequeñas, llenas de pensamientos pequeños, y caracterizan tristemente la vida y preparan angustias para la muerte.

Pero viene el Espíri-u Santo con sus dones. Es el fuego cuya brillante luz ilumina el entendimiento y cuyo calor enciende el corazon; es el viento fuerte del Cenáculo que rompe todas las resistencias; es la electricidad divina que circulando por todas las facultades del alma, las anima, las conmueve, las lanza hácia otro mundo más alto, y haciendo al cristiano superior á sí mismo lo precisa á trabajar en su perfeccion personal y en la salvacion de sus hermanos, no con lentitud, sino activamente: no de una manera superficial, sino sólidamente; no accidentalmente, sino con incansable constancia, A este impulso debe el mundo los

1. *S. Th.* 1. 2, q. 68, art. 4; et art. 8.

apóstoles, los mártires, los misioneros, los santos y santas de todas las condiciones; como le deberá tambien los nobles vencedores ó las nobles víctimas de los últimos tiempos.

Definir los dones del Espíritu Santo es hacer ver su necesidad, y acabamos de hacerlo. Insistamos, no obstante, en este punto esencial y establezcamos con pruebas directas la importante verdad de que los dones del Espíritu Santo son absolutamente necesarios para la salvacion.

Preciso es decir, que hoy más que nunca importa saber esto y por consiguiente enseñarlo, atento que las gentes no lo saben de modo alguno, y aún la mayor parte de los fieles tampoco lo saben bien. A esta ignorancia debe atribuirse el poco caso que se hace de los dones del Espíritu Santo la poca importancia que se reconoce en el sacramento de la Confirmacion y el poco cuidado que se pone en conservar sus frutos. Desconocido así el Espíritu de sabiduría y de vida, ¿qué tiene de extraño que el mundo actual camine hácia el abatimiento y la muerte?

Para hacer sensible la necesidad indispensable de los dones del Espíritu Santo, los Padres de la Iglesia emplean diversas comparaciones. A la del árbol, que ya hemos presentado, añaden las siguientes: "A la manera, dice San Agustín, que el ojo más sano no podrá ver, sino viene un rayo de luz á iluminarlo, así el hombre perfectamente justificado no puede cumplir los actos de la vida cristiana, sino es ayudado de la luz eterna de la justicia. (1)

San Basilio, á quien ya hemos citado, añade: "Se puede

1. *Sicut oculus corporis plenisime sanus, nisi candore lucis adjutus non potest cernere; sic et homo perfectissime etiam justificatus, nisi aeterna luce justitiae divinitus adjuvetur, recte non potest vivere. Vid. Lib. de natura et gratia.*

comparar el hombre á un navío, el cual por muy bien construido que se le suponponga, y con toda su dotacion de aparejos y marinería, no puede marchar si el viento no le ayuda. Lo mismo le pasa al hombre. Aunque posea en alto grado la gracia santificante y todas las virtudes infusas no puede hacer un solo acto sobrenatural, ni siquiera pronunciar el nombre de Jesus, sin la mocion del Espíritu Santo." Pues la mocion del Espíritu Santo es el efecto de sus dones; y así lo que el viento es para el navío, son los dones del Espíritu Santo para el alma.

Resumiendo la doctrina de los Padres, da Santo Tomás la razon fundamental de esta necesidad, y dice: "De dos modos perfecciona Dios la razon del hombre: con perfeccion natural, que es por la luz natural de la razon; y con cierta perfeccion sobrenatural, por las virtudes teológicas. Y aunque esta segunda perfeccion es mayor que la primera, sin embargo, la primera la tiene el hombre de un modo más perfecto que la segunda; pues la primera la tiene como en plena posesion, y la segunda en posesion imperfecta, porque solo imperfectamente amamos y conocemos á Dios. Mas es cosa manifiesta, que quien tiene perfectamente alguna naturaleza ó forma virtud, puede obrar por sí mismo en conformidad á ella, sin excluir la accion de Dios que obra interiormente en toda naturaleza y voluntad. Pero quien tiene imperfectamente alguna naturaleza, ó forma ó virtud, no puede obrar por sí, si no es movido por otro, (1).

"Así el sol, que es perfectamente lúcido, puede iluminar

1. Es un axioma de las ciencias físicas lo mismo que de las morales, que el agente secundario no puede obrar sino por virtud del primario: nullum agens secundum agit, nisi virtuti primi.

por sí; mas la luna, en quien la naturaleza de la luz reside imperfectamente, no ilumina, como ella no sea iluminada. Así tambien el médico que conoce perfectamente el arte de curar, puede ejercer por sí mismo; mas su discípulo, que no está bien instruido todavía, no puede ejercer sin que lo instruya el maestro. Así, pues, en cuanto á aquellas cosas que caen bajo el dominio de la razon, es á saber, en orden al fin conatural al hombre, puede este obrar por el juicio de la razon; y si en esto le ayuda tambien Dios por inspiracion especial, será efecto de la superabundante bondad divina.

"Pero en orden al fin último sobrenatural, al cual nos induce la razon en cuanto es informada de algun modo é imperfectamente por las virtudes teologales, en esto no basta la mocion de la razon, como no se añada la inspiracion y mocion del Espíritu Santo, conforme á aquello de San Pablo: *Todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios.* Y lo que dice el salmista: *Vuestro Espíritu bueno me conducirá á la tierra de los justos.* A saber, por cuánto ninguno puede llegar á heredar aquella tierra de los bienaventurados, si no es movido y guiado por el Espíritu Santo. Por tanto, para conseguir aquel fin, es necesario al hombre tener el don del Espíritu Santo (1)."

Toda esta bella y profunda doctrina del Angel de las escuelas, debe resumirse así: "Por las virtudes teológicas y morales el hombre no se perfecciona tanto en lo relativo á

1. Sic igitur quantum ad ea quae subsunt humanae rationi, in ordine scilicet ad finem connaturalem homini, homo potest operari per iudicium rationis... sed in ordine ad finem ultimum supernaturalem, ad quem ratio movet, secundum quod est aliquantulum et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi desuper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti... Et ideo ad illum finem assequendum, necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti. 1, 2, q. 68. art. 2.

su fin último, que no necesite ser guiado por la moción superior del Espíritu Santo (1).”

Lo dones del Espíritu Santo, necesarios como principios generales del movimiento sobrenatural, los son además por otros títulos particulares. Son necesarios para conocer el bien y para ponerlo por obra; son necesarios también para evitar el mal, de modo que son á un mismo tiempo *luz, fuerza y proteccion*. De donde se infiere, que seria un error considerarlos como un soplo fecundo, como un simple impulso, sin virtud propia. Se les debe tener por otras tantas perfecciones activas y vivificantes añadidas á las virtudes y potencias del alma: *Dona sunt quaedam hominis perfectiones* (2).

Luz: son necesarios para conocer el bien. Por muy perfeccionada que esté la razón por las virtudes teologales y las demás virtudes infusas, no puede conocer todo lo que debe conocer, ni disipar todas las ilusiones de que puede ser víctima, ni todos los errores en que puede caer. Tiene necesidad de Aquel cuya ciencia es infinita, y que con su prescencia libra de toda ilusión, de toda locura, de toda ignorancia, de toda ineptitud para conocer y comprender. Este perfeccionamiento es necesariamente debido al Espíritu Santo y á sus dones. (3)

1. Per virtutes theologicas et morales non ita perficitur homo in ordine ad ultimum finem, quin semper indigeat moveri quodam superiori instinctu Spiritus Sancti *S. Th., ubi supra.*

2. *Ibid.*, art. 2.

3. Rationi humanæ non sunt omnia cognita neque omnia possible, sive accipiatur ut perfecta perfectione naturali, sive accipiatur ut perfecta theologice virtutibus; unde non potest quantum ad omnia repellere stultitiam et alia hujusmodi... Sed ille cujus scientiæ et potestati omnia subsunt, sua motione ab omni stultitia et ignorantia et hebetudine et duritia et cæteris hujusmodi nos nos tutos reddit. Et ideo dona Spiritus Sancti, quæ faciunt nos bene sequentes instinctum ipsius, dicuntur contra hujusmodi defectus. *Id.*, art. 2.

Fuerza. Son necesarias para obrar el bien. La gracia santificante habitual no basta para hacernos obrar el bien, al modo que la sangre, principio de vida, no basta tampoco para hacernos vivir; es menester que sea puesta en circulación. Pues bien, el don del Espíritu Santo es quien comunica á la gracia habitual el impulso que la pone en movimiento y la hace eficaz. En este sentido el don del Espíritu Santo es á la vez actual y habitual; como habitual permanece en el alma que está en gracia; como actual la inspira, la ayuda, la fortifica, la mueve, según las necesidades del momento, sea á practicar el bien, sea á resistir, al mal. (1)

Proteccion. Nos defiende de nuestros enemigos. El don ó la operación del Espíritu Santo no se limita á fortalecernos; también nos protege. El hombre que está en gracia, lo necesita para que lo sostenga contra los asaltos del enemigo. Por esto debe decir constantemente: *No nos dejes caer en la tentacion*. Pero con la gracia santificante y los dones del Espíritu Santo, el cristiano es un ser perfecto. No solamente tiene la vida divina, sino también todos los medios necesarios para desarrollarla y todas las armas para defenderla. “Las virtudes y los dones, añade Santo Tomás, bastan para excluir los pecados y los vicios en cuanto al presente y á lo futuro, en el sentido de que impiden cometerlos. Pero en cuanto á los pecados pasados, que pasan como actos y permanecen como reato, el remedio lo tiene el hombre en los sacramentos.” (2)

1. Operatio Spiritus Sancti quæ nos movet et protegit, non circumscribitur per effectum habitualis doni quod in nobis causat; sed præter hunc effectum, nos movet et protegit cum Patre et Filio.—Homo in gratia constitutus indiget divino auxilio ipsum dirigente et protegente contra tentationum impulsus. *S. Th.*, 1. 2. q. 109, art. 2.

2. Per virtutis et dona excluduntur sufficienter vitia et peccata.

Queda, pues, bien probado que los dones del Espíritu Santo, ya como principios del movimiento sobrenatural, ya como elementos de luz, de fuerza y de defensa, son tan necesarios para la salvación, como el movimiento para la vida, el calor para la sávia, el viento para el barco y el vapor para la locomotora. Pero ¿son todos los dones igualmente necesarios ó en el mismo grado? Sin duda alguna.

“Entre los dones del Espíritu Santo, dice la teología católica, ocupa el primer lugar la sabiduría, y el último el temor. Pero ambos son necesarios para la salvación; pues de la sabiduría está escrito: *A nadie ama Dios sino al que habita con la sabiduría*; y del temor se lee: *El que no tiene temor, no se podrá justificar*. Luego también los otros dones son medios necesarios para la salvación: *Ergo etiam alia dona media sunt necessaria ad salutem*.” (1) Además, sin el Espíritu Santo es imposible la salvación; pero el Espíritu Santo es inseparable de sus dones; ó está en el alma con todos ellos, ó totalmente no está. La consecuencia es que los siete dones del Espíritu Santo son todos igualmente necesarios para la salvación: *Septem dona sunt necessaria ad salutem*. (2)

ta, quantum ad præsens et futurum, in quantum scilicet impeditur homo per virtutes et dona á pecando. Sed quantum ad præterita peccata quæ transeunt, actu et permanent reatu adhibetur homini remedium specialiter per sacramenta. *S. Th.* III p., q. 62, art. 2.

1. *S. Th.*, I. 2, q. 68, art. 2.

2. *Ibid.*, art. 2 et 3.

CAPITULO XXVI.

(CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—Número de los dones del Espíritu Santo.—Inseparabilidad.—Perpetuidad.—Dignidad.—Orden de los dones en Nuestro Señor.—Comienzan por la sabiduría y acaban por el temor.—Razon de este orden.—Manifestación de cada uno de los dones del Espíritu Santo en la vida de Nuestro Señor.—En nosotros los dones comienzan por el temor y acaban por la sabiduría.—Razon de este orden.—Ley del mundo moral.—Necesidad de conocerla y seguirla.—Efectos generales de los dones del Espíritu Santo sobre el género humano.

Nunca se repetiría demasiado: sin los dones del Espíritu Santo el hombre está privado del movimiento sobrenatural; ni puede conocer convenientemente el bien, ni practicarlo, ni evitar el mal, ni abrir para sí las puertas del cielo. Pero ¿cuál es el número de esos dones, más preciosos que todo el oro del mundo, más necesarios mil veces que la vida natural? La Escritura nos da la respuesta. Hablando Isaías de Nuestro Señor, se expresa en estos términos: “Sobre Él reposará el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de inteligencia; Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el Espíritu de temor del Señor. (XI, 2). Lo que se cumplió en el Verbo encarnado, debe cumplirse en cada uno de sus hermanos. Todo cristiano recibe en el día de su Bautismo los siete dones del Espíritu Santo.

¿Por qué estos dones divinos son siete, y no seis ú ocho? Recordemos que los dones del Espíritu Santo se ordenan á imprimir movimiento á las virtudes, las cuales son siete,